

PRÓLOGO DEL DIRECTOR

Es corriente oír hablar de «Laissez Faire». Pero, ¿cuántas personas saben en realidad el significado y la historia del pensamiento liberal que hoy día sigue siendo atacado por sus mismos enemigos de antaño, a pesar de los evidentes beneficios que la humanidad ha obtenido debido a la libertad?

Conviene, especialmente en la época en que vivimos, contribuir al esclarecimiento de ideas y conceptos que, debido a los ataques y tergiversaciones de que son objeto por parte de las personas que no los entienden o los consideran malos, y que con toda falta de honradez intelectual, deliberadamente los tergiversan en sus ensayos, discursos y, más bajo aún, en las aulas ante jóvenes que, por no contar con suficiente experiencia, se convierten en fácil presa de los prejuicios de sus profesores. Ello ocurre con la filosofía liberal en general y, en particular, con el concepto liberal de Laissez Faire, un pensamiento sano y saludable que hoy se tergiversa, pretendiendo que significa desorden, explotación, anarquía, etc., faltando así a la verdad.

Conviene preguntarse: ¿fueron anarquistas algunos de los liberales clásicos de los Siglos XVIII y XIX, por ejemplo Adam Smith, Locke, Burke, Bastiat, etc.? De ninguna manera ha sido el concepto liberal anarquista, sino todo lo contrario. Por ejemplo, John Locke, refiriéndose a la libertad y la ley, dijo:

«La finalidad de la ley no es abolir, o restringir, sino preservar y engrandecer la libertad...Libertad significa ausencia de coerción y restricciones impuestas por otros, lo cual no puede existir donde no hay ley.

La libertad del hombre bajo un gobierno consiste en mantener reglas que norman la vida, comunes a cada miembro de esa sociedad y elaboradas por un poder legislativo; en tener la libertad de hacer mi voluntad en todo lo que no está proscrito por las reglas y en el no estar sujeto a la inconsistente, incierta y arbitraria voluntad de otro hombre».

Han habido supuestos liberales anarquistas. Ello no quiere decir que el liberalismo es anarquista. Y ha habido anarquistas que utilizan cualquier nombre o distingo político, sin que ello en realidad modifique la filosofía de la cual han tomado el nombre por razones políticas.

Esperamos que el artículo siguiente sirva a usted, estimado lector, para formar un juicio referente al significado y papel histórico de la filosofía comprendida en las palabras «Laissez Faire», sobre lo cual se ha dicho y se sigue diciendo muchas mentiras.

LAISSEZ FAIRE

Garet Garrett

Traducción CEES

En Amsterdam, el mes de septiembre pasado,(1) la cristiandad protestante, representada por el Consejo Mundial de Iglesias, reclamó una autoridad que había sido cedida de mala gana al principio de la Revolución Industrial, 200 años atrás, una autoridad llamada a imponer sanciones de carácter moral sobre los negocios, interviniendo en lo que los hombres deberían hacer con su propiedad y su dinero y la forma de conducir sus empresas.

En su «Informe sobre la Iglesia y los desórdenes de la sociedad», el Consejo Mundial de Iglesias dijo:

«La iglesia cristiana debe rechazar, tanto las ideologías del comunismo como del capitalismo, y debe tratar de alejar a los hombres de la suposición falsa de que éstas son las únicas alternativas. Cada una de ellas ha hecho promesas que no ha podido cumplir.

Ese fue el primer borrador. Un delegado americano pidió que se insertarán las palabras LAISSEZ FAIRE después de CAPITALISMO. Con esta enmienda, el informe fue aceptado, y ahora reza: «La iglesia cristiana debe rechazar las ideologías tanto del comunismo como del capitalismo Laissez Faire».

Así, pues, la expresión «Laissez Faire» se puede considerar un adjetivo que modifica lo condenado, o un epíteto odioso. Generalmente será tomada en este último sentido porque ese es el único significado que las palabras tienen ahora para millones de personas que ni bien podrían decirle a usted lo que significan o alguna vez significaron, ni menos definir eso que llaman capitalismo.

El escalofriante fantasma que hoy día evoca la expresión Laissez Faire significó en un tiempo un espíritu luchador e inconquistable. No perteneció al capitalismo. Perteneció a la libertad y, a la fecha, su asociación con el capitalismo sólo es válida en cuanto el capitalismo representa la libertad.

Cuando la gran batalla por la Libertad Individual principio en Europa, la influencia que controlaba el pensamiento era a religión. Lo que los hombres más querían era la libertad para rendir culto a Dios según su libre albedrío, libertad para creer o no creer; y por eso murieron en la estaca, entonando sus himnos de herejía. Las guerras religiosas fueron terribles. Duraron hasta que la lujuria por el fanatismo fue saciada. La razón se rebeló y hubo paz, fundada en el principio de Laissez Faire en cuestiones religiosas. No fue así como se le llamó en ese momento porque las palabras aún no habían sido acuñadas, pero eso fue lo que ocurrió. De ahí en adelante, en lo concerniente a la religión, hubo que dejar libre al individuo.

Las grandes transacciones del espíritu humano tienen ímpetu, desplazamiento y dirección, pero sin demarcaciones cortantes; no existe un cambio violento entre una etapa y otra. Mucho tiempo después de que el principio del Laissez Faire había sido aceptado en Europa, la tiranía religiosa continuaba. Los hombres podían pertenecer a la iglesia de su preferencia, pero si escogían, por ejemplo, ser calvinistas, se encontraban de nuevo envueltos por una disciplina que clamaba jurisdicción, no sólo sobre sus almas, sino sobre su vida cotidiana y su comportamiento económico.

La siguiente etapa de la gran lucha europea por la libertad, consecuentemente, apuntaba hacia la libertad de empresa. Decir que el radicalismo religioso fue seguido de un radicalismo económico es hacer una mera declaración de hechos cronológicos. ¿Cómo estaban ambas posturas relacionadas? ¿Eran dos aspectos del mismo problema?

R. H. Tawney, en el prefacio de su obra «Religión y surgimiento del capitalismo», dice:

«Para contestarlas abunda el material. Si no es fácil citar la opinión contemporánea sobre el tema, la dificultad no estriba en carencia de ideas, sino en el acopio enorme de opiniones que podrían citarse. Su tenor no ofrece dudas. La verdad es que el achacar a diferentes religiones diferentes actitudes económicas no fue excepcional durante el Siglo XVII; además de los escritores que trataron el tópico, ello era casi una fórmula común. Ocurre frecuentemente en controversias de carácter religioso. Ocurre también en libros, tales como los de Temple, Petty y Defoe y numerosos folletos escritos por hombres cuyo principal interés no era la religión, sino los asuntos económicos. Muy lejos de ser, como ha sido sugerido con ingenuidad desarmante, atribuyéndolo a la siniestra existencia de una moderna conspiración orientada para confundir capitalismo y calvinismo, la endiosada Ginebra y la industriosa Manchester, en una ruina común, la existencia de una conexión entre el radicalismo religioso y el radicalismo económico, fue para aquellos que conocieron ambos de primera mano, algo casi axiomático. Hasta que una razón sea aducida para rebatir tal testimonio, será mejor asumir que sabían de lo que estaban hablando. Cómo precisamente fue concebida esa conexión, es, por supuesto, un problema diferente. Tiene, obviamente, dos facetas. La religión influenció, a un grado que aún hoy día es difícil precisar, la visión del hombre sobre la sociedad. Cambios económicos y sociales actuaron poderosamente sobre la religión».

Pero existió, en todo caso, esta diferencia: en tanto que el radicalismo religioso escandalizó solamente al monopolio eclesiástico que fue destronado, el radicalismo económico se escandalizó aún a sí mismo. Y fue así porque la mente europea era profundamente religiosa todavía. Era más fácil morir por una herejía que deshacerse del sentimiento de culpabilidad que produce una ganancia. El refugio universal de la inteligencia era bíblico. La gente cuyos padres y abuelos habían sido torturados, quemados en la estaca y enterrados vivos por la ofensa de haber interpretado las Sagradas Escrituras por sí mismos, era de esperarse que cuando efectivamente las leyeran, las interpretarían literalmente en forma horrenda. Así lo hicieron. Bunyan, en su libro *«Pilgrims Progress»*, da un auténtico relato de lo que ocurrió a los espíritus virtuosos en su paso por este mundo hacia el otro. Los pobres eran amigos de Dios. Sabían con certeza que no iban a encontrar hombres ricos en el Reino de los Cielos; la avaricia era un pecado mortal. El afán de lucro era el camino de la condenación. Cambistas, especuladores y traficantes tenían cierto olor que provenía de sus relaciones con el diablo. Comprar barato y vender caro era extorsión. La tierra era el único modo honorable de riqueza. Los negocios eran la parte más innoble de la anatomía social.

Pero el mundo tenía algo que decir y también algo en qué creer. De algún modo, por primera vez en la historia del pensamiento humano, había aparecido la idea del progreso. Era la Época de los Descubrimientos. El conocimiento se enriquecía, y no se trataba ya de conocimientos revelados del más allá, sino de hechos y cosas de aquí y de hoy. Después de todo, ya que cada uno tenía que pasar por este mundo, quiérase o no, ¿por qué no iba el hombre a tratar de mejorar su situación si podía hacerlo por medio de la práctica aplicación de su caudal científico? Aunque nadie lo entendió claramente, aunque no existía la palabra economía, grandes cambios económicos se realizaron, y lo que sucedía fue incontrolable. El pensamiento religioso se encontraba ante un grave dilema. Presentía el advenimiento de un mundo nuevo, casi como un presentimiento de la era moderna y, sin embargo, le faltaban medios para enfrentarlo y, peor aún, le estaba prohibido por la Biblia el enfrentarlo en sí. De este modo se vio envuelto en contradicciones extremas. Por ejemplo, prestar dinero a interés era anticristiano. Que el dinero ganará dinero, era usura y ésta era pecado.

Y, no obstante, con las necesidades del comercio, la función económica de los prestamistas tenía que cumplirse de algún modo, dando como resultado que los judíos fueran los llamados a hacer por los cristianos, lo que a éstos les estaba vedado hacer por si mismos. Ésta es una de las razones por las cuales los judíos se convirtieron en los más grandes prestamistas de Europa.

La pregunta era: ¿Podría Cristián, el héroe de Bunyan, ser al mismo tiempo un hombre interesado en asuntos económicos y salvar su alma? Los holandeses fueron los primeros en afirmar positivamente que sí, y esto fue muy significativo porque ellos habían pagado un precio mucho mayor por la libertad religiosa, que cualquier otro pueblo. Ellos habían llevado la resistencia a planos de aterrador heroísmo. Antes que someterse, estaban dispuestos a aceptar su ruina total. Su resistencia enfureció de tal modo al Santo Oficio de la Inquisición que el 16 de febrero de 1568, todos los habitantes de los Países Bajos fueron sentenciados a muerte por herejes e intérpretes de la Biblia, excepto algunas pocas personas especialmente nombradas en el mismo edicto de condena. En la obra clásica de Motley, «El surgimiento de la república holandesa», se puede leer que:

«Hombres de la más alta posición cada día y hora fueron enviados a la estaca. El Duque de Alva, en una sola línea escrita a Felipe II, fríamente daba un cálculo aproximado del número de ejecuciones que iban a tener lugar inmediatamente después de la Semana Santa, estimándolas en ochocientas. Para evitar los disturbios callejeros ocasionados por las víctimas al arengar y exhortar al público desde el patíbulo, fue inventada una nueva mordaza. La lengua de cada prisionero era metida en un anillo de hierro y cauterizada con un hierro caliente. El dolor y la inflamación, que eran los resultados esperados, impedían que la lengua pudiera deslizarse del anillo y necesariamente toda posibilidad de hablar quedaba descartada».

Si el espíritu de Laissez Faire hubiera sido menos que inmortal, no hubiera podido pasar por ese valle de muerte. Lo que emergió fue la República Holandesa, cimentada sobre las cenizas de sus mártires, dedicada a la libertad de conciencia, sosteniendo en las alturas una luz sobre las tinieblas que poblaban el mundo.

Entonces ocurrió un suceso singular. La prosperidad de Holanda llegó a ser la maravilla y la envidia de toda Europa. En el comercio mundial ocupó un primer plano y se convirtió en lo que Tawney llamó «la maestra de economía» para toda la Europa del Siglo XVII.

El poder del individualismo por primera vez estuvo en libertad para realizar sus ejemplares hazañas. El resultado fue que la tolerancia y el comercio florecieron juntos.

A los ingleses les llegó paulatinamente y en forma un tanto indirecta. El calvinismo que se había importado de Ginebra era una rígida y severa doctrina. Percibía claramente que los tres aspectos del hombre eran espirituales, económicos y políticos, pero ya que en dos de estos aspectos el hombre era malo o predispuesto a serlo, la iglesia era la obligada, no sólo a participar y controlar su vida espiritual, sino a imponer severas disciplinas y normas de conducta sobre sus actividades políticas y económicas.

La regulación de los negocios era medieval y drástica; se hacían leyes éticas y sociales para controlar tales actividades, como el uso del capital, la usura, el precio justo, las

ganancias, el propósito mismo de la ganancia, los salarios, las relaciones laborales, los contratos y los acuerdos comerciales.

Tocó a los puritanos ingleses el fundamentar la construcción racional de su doctrina. No podían comprender por qué Dios no admiraría el éxito del hombre en el trabajo. ¿No es acaso el Universo el fruto de Su labor? ¿Por qué no suponer que su propósito era dar ejemplo a Sus hijos de trabajo y progreso? En la doctrina puritana, la palabra «llamado» tenía un especial significado. «Dios llama a cada hombre y mujer a servir en un trabajo determinado, tanto para su propio bien, como para el bienestar de la colectividad». Existía un llamado temporal y un llamado espiritual. El deber de todo cristiano era tomar parte en los asuntos prácticos del mundo, y el progresar, evidencia de que Dios era testigo y estaba complacido con ello. Si lograba riqueza, ello también sería para la gloria de Dios. Y en todo caso, nunca sería un rico holgazán, como Dives. Si la riqueza era buena o mala, era asunto que tenía que ser resuelto entre el hombre rico y Dios; pero la pereza, la maldad y el libertinaje eran aspectos positivamente malos y dañinos.

De este modo fue que en las creencias de la iglesia puritana, la libertad económica y la libertad religiosa fue reconciliada. La iglesia de ahí en adelante dejaría de intervenir en la vida económica del hombre y confiaría a la presencia de Dios en los negocios el alejamiento de la maldad.

La siguiente lucha fue la de liberar a los negocios de las restricciones gubernamentales impuestas, no en nombre de la moralidad, sino en nombre de la política económica.

Cuando esta victoria se logró, el triunfo del Laissez Faire fue completo y las puertas quedaron abiertas para aquella gran explosión de energía europea que trajo como consecuencia la Revolución Industrial, con Inglaterra a la vanguardia.

Con todas sus complicaciones, el significado esencial del triunfo del puritanismo en Inglaterra fue la toma del poder. El poder político y económico pasó de las manos de la clase de gobernantes hereditarios, a la clase media. Tawney dice: «El puritanismo fue la escuela guía de la clase media inglesa. Elevó sus virtudes, santificó, sin erradicar, sus defectos convenientes, y les dio una seguridad inexpugnable, la de que, atrás de sus defectos y virtudes, estaba la majestuosa e inexorable ley de una Providencia omnipotente, sin cuyo conocimiento previo ni siquiera un martillo podría caer sobre la fragua, ni un sólo número podría añadirse al libro mayor».

La época medieval había terminado. El individualismo había sido exaltado a una norma de vida. Quedaban sentadas las bases del capitalismo moderno. El poder de los gobernantes estaba limitado. El libre intercambio había empezado. En búsqueda de sus propios fines económicos, ya en camino para transformar el mundo, el hombre europeo fue liberado de las restricciones y sanciones impuestas por la tiranía eclesiástica y el vasto sistema burocrático de legislación administrativa. Mirando hacia el pasado, cuando las consecuencias eran ya suficientes y claras, el filósofo Montesquieu dijo: «Los ingleses han progresado mucho más que las demás gentes en tres sentidos importantes: Piedad, Comercio y Libertad».

Esto ocurría hacia el año de 1750. Por más de 200 años, el espíritu de Laissez Faire había estado actuando irresistiblemente y todavía su nombre era desconocido. Las palabras Laissez Faire habían sido usadas por los fisiócratas franceses en 1736, pero posiblemente en ninguna otra parte; tampoco eran comunes en Inglaterra cuando, 80 años más tarde, en 1810, una comisión en la Cámara de los Comunes dijo:

«Ninguna interferencia de la Cámara Legislativa en la libertad de comercio y la perfecta libertad de cada individuo de disponer de su tiempo y su trabajo en la forma que él juzgue que es más conveniente para su propio interés, puede tomar lugar sin violar los principios generales de primera importancia para la prosperidad y felicidad de la comunidad».

CON estas palabras, el gobierno inglés renunció al derecho de interferir en los negocios privados. Ninguna exposición más franca de la doctrina del Laissez Faire quizá ha sido jamás escrita. Obsérvese, sin embargo, que las palabras, propiamente dichas, no aparecen en dicha exposición. Ellas son de origen francés, escritas al principio como LAISSEZ NOUS FAIRE, significando «DEJADNOS HACER» y después, LAISSEZ FAIRE, significado «DEJEN HACER». Ellas expresaban una idea filosófica. La idea era que la sociedad se movía espontáneamente, no de una manera artificial, y que, si se le dejaba sola, los resultados finales, o como dicen los economistas actualmente, a largo plazo, serían mejores para la sociedad entera. La idea, pues, de un orden natural en el cual la armonía entre el interés público y el interés privado está implícita.

Lo cierto es que el espíritu de Laissez Faire había traído ya al mundo libertad religiosa y libertad de empresa y de que los fundamentos de lo que ahora se llama capitalismo Laissez Faire habían sido cimentados antes de que las palabras fueran conocidas o tuvieran algún significado epítetico.

La mayoría de las personas posiblemente dirían que la biblia del capitalismo Laissez Faire fue escrita por Adam Smith. Su obra «La riqueza de las naciones» apareció en 1776. Tomando en cuenta que algunos economistas franceses habían venido usando el término por más de cuarenta años, es de suponer que Adam Smith lo hubiera, por lo menos, oído; sin embargo, en el índice de su obra «La riqueza de las naciones» (Edición Canaán) no hace ninguna referencia al término. Sin embargo, la gente argumenta, «Sí, pero lo contiene en forma implícita» y piden que se recuerde el pasaje acerca de la mano invisible. En el índice de «La riqueza de las naciones», existe una referencia a este pasaje que dice como sigue:

«Si cada individuo, por lo tanto, se esfuerza lo más posible para emplear su capital en el apoyo de la industria interna y dirige así esa industria para que sus productos sean del mayor valor posible, cada individuo necesariamente trabajará para aumentar el ingreso de la sociedad lo más que pueda».

«Es verdad que, en general, el individuo no intenta promover el interés público, ni sabe cuánto ni cómo lo está promoviendo...él pretende sólo su propio beneficio, y es en ello, como en muchos otros casos, guiado por una mano invisible a promover una finalidad que no era parte de su intención. Ni tampoco es siempre lo peor para la sociedad que eso no haya sido su intención. En persecución de su interés personal, frecuentemente promueve el interés general de la sociedad más efectivamente que cuando realmente se lo ha propuesto.

Yo nunca he visto que hayan logrado mayores beneficios para la sociedad aquellos que pretenden comerciar con el objeto de promover el bien común».

Podrá tomarse la cita anterior para expresar el contenido de la doctrina del Laissez Faire, pero el verdadero significado va más allá de lo económico y pertenece a la filosofía del individualismo, fundado sobre la fe de que el trabajo espontáneo del hombre será más productivo de lo que su razón le pueda explicar. Adam Smith no inventó tal filosofía, ni tampoco superó en la exposición de su doctrina, lo que otros habían escrito antes que él, notablemente Adam Ferguson, quien dijo:

«Las naciones tropiezan con situaciones que, en efecto, sí son el resultado de las acciones humanas, pero no de los designios del hombre.»

Poéticamente, el mismo pensamiento fue expresado en la Fábula de las Abejas de Mandeville. Un siglo antes de la época de Adam Smith, John Moore decía en Inglaterra:

«Es una máxima innegable que cada hombre, con la simple luz de la naturaleza y la razón, actuará lo mejor que puede para su propio beneficio... El progreso de las personas individuales será el bienestar general».

Veinte años después de «La riqueza de las naciones», Edmund Burke, otro gran exponente del individualismo, se refería a este tema diciendo:

.... la benigna y sabia disposición de todas las cosas, que obliga al hombre, quiéralo o no, en la búsqueda de sus propios fines egoístas, a coaligar el interés general con su propio éxito individual.»

No existe tal biblia del capitalismo Laissez Faire. «La riqueza de las naciones» es la descripción más fina jamás elaborada de cómo el hombre se comporta en un régimen de libre intercambio y las consecuencias que de esa conducta se derivan, junto con los axiomas que necesariamente le complementan. Pero el Laissez Faire estaba ya en ese tiempo ascendiendo en el mundo económico, sus principios eran conocidos y sus resultados, visibles.

EL hablar de una ideología del capitalismo, como lo hace el Consejo Mundial de Iglesias, constituye una confusión. En el sentido de que existe una ideología comunista, no se puede decir que exista una capitalista, ni que jamás haya existido. La doctrina comunista comienza con la idea de una sociedad intencionalmente diseñada, concebida por la sola razón, dirigida por mentes privilegiadas, sin dejar nada a Dios o a la espontaneidad del espíritu humano. La filosofía del individualismo, por otro lado, presupone que las actividades libres y espontáneas del hombre crean designios naturales.

El capitalismo no es algo diseñado de antemano. No viene de pensar, sino de hacer. Al principio, y por un largo tiempo, no tenía más teoría acerca de su esencia, de la que pueda tener un árbol acerca de la suya; creció como un árbol, y sus únicas leyes fueron las experiencias recordadas. Cuando los escritores de la economía política empezaron a proveer de contenido teórico al capitalismo, tuvieron que estudiarlo primero para ver cómo funcionaba. Muy pocos capitalistas fueron alguna vez economistas, y no ha sido sino hasta

hace pocos años que economistas profesionales tuvieron algo que ver con los negocios. Sólo podían escribir acerca de estos tópicos y de lo escrito sobrevino lo que Carlyle llamó «esa pobre ciencia», refiriéndose a la ciencia de los economistas. Muchos eran los capitalistas que ignoraban su existencia. ¿Qué podrían decirle los teóricos respecto a lo que hacen cotidianamente?

Para esta actitud de los capitalistas hacia la ciencia económica uno puede encontrar una analogía interesante en el mundo de la industria. Los hombres que crearon la industria automovilística no eran científicos, ni hubiesen sabido para qué servía el científico. Ellos eran inventores y mecánicos especializados. Encontraron lo que la gasolina podría hacer, explotándola en pequeñas latas, algunas veces volando ellos mismos cuando experimentaban; después la pusieron a trabajar en el motor de combustión interna con válvulas intermitentes. Todo lo demás fue mecánico. La industria americana de automóviles era ya una maravilla universal antes de que los científicos la abordaran. Entonces la ciencia quiso saber *por qué* y *cómo* funcionaba; y hoy tienen los mejores y más adelantados laboratorios de investigación en el mundo, de donde los científicos exploran el mundo de las moléculas de la materia, la naturaleza de los gases y la conducta de distintos materiales bajo toda clase de condiciones. El automóvil, se puede asegurar, ha sido grandemente mejorado, pero no pudo haberse diseñado como lo es hoy día desde un principio.

De la misma manera ha ocurrido en nuestros tiempos cuando los economistas profesionales han entrado en la esfera de los negocios. Hoy cada institución bancaria importante y cada gran corporación tiene sus consejeros económicos. Los negocios, sin duda alguna, han así progresado, incluso ética y socialmente, y ciertamente tienen ciertas ideas renovadoras respecto a su esencia, pero el capitalismo estaba ahí y ha estado desde hace mucho tiempo.

También es confuso decir, como lo hace el Consejo Mundial de Iglesias, que el capitalismo «ha hecho promesas que no puede cumplir». Es verdad, sin duda, que ciertas promesas están implícitas en el capitalismo, pero sólo para aquellos que tienen la suficiente imaginación para deducirlas y el valor para pagar el precio de una economía Laissez Faire. En el sentido en que el comunismo y el socialismo han hecho promesas, el capitalismo nunca ha hecho alguna. ¿Quién podría haberlas hecho? ¿Y con qué autoridad? Se podría decir, del mismo modo, que la libertad ha hecho promesas.

EL capitalismo nunca ha tenido un Marx o algún profeta. Adam Smith no visualizó cosas aún inexistentes, ni elaboró un plan para una sociedad perfecta. Él escribió únicamente sobre hechos concretos que habían sucedido, y estaban sucediendo, y de las probables consecuencias si estos fenómenos, en lugar de otros, continuaban sucediendo.

Su convicción de que el bien común sería mejor servido por una suma libertad económica individual y sus argumentos basados sobre gran abundancia de datos y observaciones llegaron a ser lo que podríamos llamar la doctrina clásica del Laissez Faire.

Pero los tratadistas de la economía política siempre tuvieron divergencias sobre este punto. Los que la defendían fueron llamados LIBERALES porque liberalismo en esa época significaba estar a favor de la libertad religiosa y económica, y las palabras decían exactamente lo que significaba. Los que atacaron el LAISSEZ FAIRE denunciaban el

liberalismo absolutista en los campos de la moral y la ética, y sus argumentos se convirtieron en la doctrina de lo que hoy llamamos SOCIALISMO.

El significado de las palabras ha cambiado. Los defensores de Laissez Faire son ahora llamados REACCIONARIOS y los SOCIALISTAS que lo denunciaron, se autonominan LIBERALES; pero no importe lo que haya pasado con las palabras, la línea divisoria continúa intacta.

De un lado, se encuentran aquellos que creen que el control de la economía por el gobierno es malo; que cuando es benigno y parece ser de momento beneficioso, resulta peor porque hace a los hombres dependientes y conduce al estado omnipotente, lo cual los tentará a entregar su libertad a cambio de seguridad.

Estos son los individualistas y esta palabra no ha cambiado. Ellos creen en una economía libre, en mercados y en precios libres y en la competencia, como el único instrumento regulador confiable(2).

Del otro lado, se encuentran aquellos que sostienen la doctrina de lo que actualmente llamamos EL ESTADO PATERNALISTA, lo cual significa que el gobierno debe planear y controlar la economía para el bienestar general, limitando el derecho del hombre de disponer de sus bienes en forma pacífica, y en ciertos casos, inclusive aboliendo el derecho de propiedad, todo con el fin de distribuir la riqueza de acuerdo con algún programa de «justicia social».

Es un hecho significativo el que estas dos posiciones fundamentales sean ahora las mismas que 150 años atrás, no obstante que durante este siglo y medio, transcurrido con un predominio de CAPITALISMO LAISSEZ FAIRE ascendente, el crecimiento económico en que vivimos ha avanzado más que en cualquier otro período similar desde el comienzo de la civilización. En su acto acusatorio del capitalismo, el Consejo Mundial de Iglesias repite a Sismondi, quien cerca del final del Siglo XVIII dirigió el ataque contra el Laissez Faire y desarrolló la doctrina del estado socialista. El Consejo Mundial de Iglesias admite que el desarrollo del capitalismo no ha sido igual en todas las naciones y que la explotación del trabajador ha sido inconmensurablemente corregida por «la influencia de los sindicatos, la legislación laboral y una administración responsable», pero de ahí viene y dice:

«Pero (1) El capitalismo tiende a subordinar lo que debería ser la tarea primordial de toda economía el equilibrio de las necesidades humanas con las ventajas económicas de aquéllos que tienen más poder sobre las instituciones.

(2) Tiende a producir serias desigualdades.

(3) Ha desarrollado una forma práctica de materialismo en las naciones occidentales, a pesar de sus antecedentes cristianos, porque ha puesto enorme énfasis en el éxito de enriquecerse.

(4) Ha mantenido también a la población de los países capitalistas sujetos a cierta clase de destino, que ha tomado la forma de una catástrofe social, como el desempleo de las masas».

Hace aproximadamente 150 años, Sismondi y sus seguidores, desarrollando la teoría del socialismo estatal, atacaron la doctrina del Laissez Faire en los mismos cuatro puntos anteriores:

«(1) Que la armonía imaginada entre el interés público y el interés privado no existía en la realidad, de donde la libertad individual, buscando solamente su propio interés, dejaría sin satisfacer las necesidades humanas de la sociedad.

«(2) Que conduciría a *serias desigualdades* en la distribución de la riqueza.

«(3) Que eso elevó a niveles superiores el *materialismo* y el *éxito* y

«(4) Que envolvió a la sociedad en la *tremenda catástrofe del desempleo masivo.*»

Y todo esto sucedió antes que los buques de vapor, los ferrocarriles, la electricidad, los automóviles, las máquinas automáticas y las producciones en masa, inclusive antes de que en el mundo moderno existiera lo que conocemos como maquinaria agrícola.

En aquel tiempo, todo el pensamiento político en Europa era básicamente pesimista. Nadie se podía imaginar que en las próximas generaciones, bajo el CAPITALISMO LAISSEZ FAIRE, los bienes de consumo serían prodigiosamente multiplicados, que los lujos de los ricos de una generación llegarían a ser las necesidades normales de los pobres de la siguiente, y que de tiempo en tiempo EXCEDENTES palabra extraña para un hecho increíble serían las causas superficiales de depresiones económicas y desempleo. Nunca antes habían existido excedentes. Nunca había habido mucho de cosa alguna. Se pensaba que la pobreza era permanente e irreductible.

La idea de que la pobreza podía ser abolida no surgió en Europa. Fue una idea netamente norteamericana. Y surgió en este continente, no porque este país fuese una tierra rica en recursos naturales, sino porque aquí las condiciones del capitalismo Laissez Faire se desarrollaron más que en cualquier otra parte del mundo. Bajo la presión de una competencia ilimitada e incontrolada, descubrimos lo que destruyó la «Ley del Hierro de Salarios» de Europa; esa ley, llamada así porque sostenía que los salarios eran pagados de los beneficios del capital, y que el fondo de salarios se encontraba limitado por el fondo de capital, y que el fondo de capital sólo podía ser incrementado en forma lenta y dolorosa, limitando el consumo.

Descubrimos que los salarios no salen de las utilidades. Estos salen de la producción y, por lo tanto, los salarios y las ganancias podían aumentar a la par, sólo si se aumentaba la producción. Es más, la producción por sí misma creó capital, como en el ejemplo de la Ford, ejemplo de una compañía que empezó con un capital de \$28,000 en caja y, al final de cuarenta y cinco años, empleaba en la producción de automóviles mil millones de dólares propios y creados de la producción. Y esto sucedió así haciendo el automóvil tan barato que casi nadie era tan pobre que no pudiera tener uno y disfrutarlo.

Después de este descubrimiento, de que los salarios eran pagados por la producción, vino la fabricación en masa, y con esto vino el descubrimiento ulterior de que la unidad indispensable en la escena de la economía de libre competencia, era el consumidor, puesto que, si la gente por medio de su trabajo no podía aumentar la compra de productos, todo el edificio se derrumbaría.

Aquellos que hablan del capitalismo como si fuera un cierto tipo de orden universal, con su jerarquía, su credo y su doctrina, son incapaces de diferenciar, o bien, encuentran las diferencias inconvenientes para sus argumentos. El capitalismo toma sus características esenciales del suelo y el clima en el que crece. El capitalismo americano es tan diferente al capitalismo europeo, a tal punto que difícilmente podrían ser transplantados. ¿Por qué ha sido el capitalismo americano mucho más productivo que el capitalismo de cualquier otra parte del mundo?

La semilla indudablemente fue europea. El cultivo y desarrollo no lo fue. ¿Por qué este árbol creció hasta tal punto y fructificó tan prodigiosamente que toda la gente del mundo viene a mendigar sus prodigalidades? No existía aquí habilidad ni conocimiento que no existiera en Europa. Sin embargo, después de cinco generaciones y con menos de una décima parte del área terrestre mundial y menos de un quinceavo de su población, tenemos la mitad del poder industrial del mundo entero. La estrella europea no cayó. No fue eso lo que sucedió: simplemente la estrella americana la eclipsó. ¿Cuál fue la razón que hizo la diferencia entre nuestro poder creador y el europeo?

La diferencia estribó en que en este continente la magia de la libertad actuaba como nunca antes había actuado en alguna parte.

Lord Acton dijo que, antes de la Declaración de Independencia americana, la historia de la libertad hubiese sido «la historia de algo que no ha existido». La libertad nació en Pennsylvania.

El capitalismo americano no sólo ha sido el más exitoso del mundo, sino que aún representa el último refugio de la libertad económica sobreviviente y que actualmente tiene la responsabilidad de defender la civilización cristiana contra los enemigos del hemisferio oriental. De esto se deduce que, cuando se compara capitalismo y comunismo, en realidad se está comparando el capitalismo americano, con su tradición puritana, y el comunismo ruso, que es incondicionalmente materialista y ateo.

Es asombroso, sin embargo, ver que el Consejo Mundial de Iglesias encuentre atractivas las aspiraciones comunistas. E inclusive, avanzando un paso más, culpe al capitalismo del surgimiento de esa doctrina, diciendo:

«La cristiandad debería preguntarse por qué el comunismo, en su moderna forma de totalitarismo, es tan atractivo ante los ojos de grandes masas de gente en diferentes partes del mundo. Deberían reconocer la mano de Dios en la revuelta de las multitudes contra la injusticia, que da al comunismo mucha de su fuerza.

«Deberían darse cuenta de que para muchos, especialmente para muchos jóvenes de ambos sexos, el comunismo parece representar la igualdad humana y hermandad universal, para lo cual los jóvenes fueron preparados por su misma formación cristiana. Los cristianos que son beneficiados por el capitalismo deberían buscar la manera de ver el mundo del modo como lo ven muchos que se saben excluidos de sus privilegios y quienes miran en el comunismo una esperanza de liberarse de la pobreza y de la inseguridad.

«La ideología comunista pone énfasis en la justicia económica y promete que la libertad vendrá automáticamente cuando se termine la revolución. El capitalismo enfatiza el aspecto de la libertad y promete que la justicia vendrá como consecuencia de la libertad de empresa. Ésta es también una ideología que se ha comprobado es falsa».

Si hemos de repudiar las ideologías del capitalismo y el comunismo porque han defraudado al espíritu del hombre, sería solamente justo comparar los resultados que ambos han realizado. ¿O es que los hechos no significan nada?

¿Quién ha realizado más labor para el beneficio material de los hombres, el comunismo o el capitalismo? El capitalismo tiene un récord. Abolió el hambre en el mundo por primera vez

en la historia de la raza humana. El comunismo ruso la trajo de vuelta. El capitalismo creó condicione bajo las cuales la esclavitud llegó a ser antieconómica y, por esta razón, aunque hubiesen otras, la esclavitud fue abolida. El comunismo la ha traído de vuelta. Bajo el capitalismo, el trabajador organizado adquirió poder político. ¿Tienen acaso los trabajadores alguna fuerza política en Rusia? El capitalismo americano ha sufrido reveses enormes llamados depresiones. Durante la última y más grave depresión, los desempleados estaban mejor alimentados, mejor vestidos y proveídos de mejor vivienda que todos los empleados en Rusia.

En lo concerniente a la labor desarrollada por el capitalismo, el Consejo Mundial de Iglesias únicamente dice:

«Por otro lado, los desarrollos técnicos han liberado al hombre del exceso de trabajo y la pobreza y aún están en capacidad de acrecentar sus beneficios...Grandes porciones del mundo, sin embargo, están todavía muy lejos de ese límite. La justicia demanda que los habitantes de Asia y África, por ejemplo, puedan gozar de las modernas formas de producción técnica. Deben aprender a evadir la mecanización de la vida y todos los peligros que acarrea una economía desbalanceada que empeora la salud social de las viejas sociedades industriales».

Sin entrar a discutir el significado de la palabra JUSTICIA, supongamos que ésta demande más maquinaria para los habitantes de Asia y África. La justicia podrá muy bien demandarla, pero ¿quién proveerá? ¿A quiénes deberán los habitantes de Asia y África pedir maquinaria? ¿Será acaso a los comunistas, quienes, dice el Consejo Mundial de Iglesias, ponen énfasis primordialmente en la idea de justicia, o será el mundo capitalista, que dice que pone énfasis en la libertad?

Y acorde con lo que la palabra justicia significa para la mente común de los hombres, imaginemos por un momento qué pasaría si un mensaje por radio transmitido a todos los rincones del mundo dijera:

«Por un milagroso permiso, los habitantes de todas partes del mundo que deseen una política justa y libertad de oportunidades económicas, son libres sin restricciones para escoger el país que más les guste.» ¿Qué puertas de entrada se verían más abrumadas? ¿Aquéllas de la Rusia comunista o las de América capitalista? [3](#)

El Consejo Mundial de Iglesias, dice:

«Dos factores principales contribuyen a la crisis de nuestra época. Uno de estos lo constituyen las grandes concentraciones de poder que, bajo el capitalismo, es principalmente económico y bajo el comunismo, político y económico.»

La concentración de poder, en los casos donde es mala, representa un mal crónico que no es peculiar a un sistema político-social en particular. Pero, si se presenta la oportunidad de escoger, ¿qué escogeríamos?: ¿Concentración de poder económico solamente o una total concentración de poder político y económico?

Debe ser tarea de la iglesia cristiana, dice el Consejo Mundial de Iglesias, «apartar al hombre de la idea falsa de que el capitalismo y el comunismo son las únicas alternativas».

¿Cuál es la otra alternativa? No lo dicen. Es evidente, sin, embargo, que del texto, que en realidad fue propuesto por los delegados británicos, se desprende que lo que tuvieron en mente los autores del Reporte del Consejo Mundial de Iglesias fue la revolución social en Inglaterra, donde el Laissez Faire ha sido sepultado entre himnos, lamentando la libertad perdida. La idea es de que la DEMOCRACIA SOCIALISTA ofrece una transacción entre la libre empresa americana y la esclavitud que en Rusia llaman comunismo.

De esta transacción británica ha dicho Mr. Herbert Morrison, quien fue uno de sus arquitectos: «Podemos encontrar al planificar, y en realidad ya lo hemos experimentado,

que la libertad (en el sentido de independencia) tendrá como precio el sacrificio de algunas libertades (en el sentido de derechos personales)».

¿Cómo puede conseguirse independencia a cambio de libertad personal? Eso no lo explican. «Libertad», dice Crabb, con fina elegancia, «es personal y privada». «La independencia es pública». Un esclavo obtiene su libertad. Un cautivo, su independencia».

Es más, inclusive, esta independencia que los británicos quieren comprar a cambio de sus libertades personales, se hubiera derrumbado en nuestros tiempos y hubiera llegado a la bancarrota total, a no haber sido por la asistencia oportuna (la cual les resulta incongruente aceptar) de una nación que le debe todo su poder y riqueza a un capitalismo Laissez Faire.

Los enemigos ancestrales del Laissez Faire han sido los gobiernos y la iglesia. El Laissez Faire representó el principio del radicalismo en la religión y la economía.

El radicalismo fue la espada de la libertad. Ni los gobiernos ni la iglesia han amado jamás la libertad. Hoy, lo que fue conservador se llama radical, y el Laissez Faire, que efectivamente fue radical, es llamado reaccionario. El ciclo ha dado la vuelta completa.

[1](#) 1948.

[2](#) N.D. Los socialistas atacan el concepto de «regulación a través de la competencia», diciendo que la competencia no es perfecta. ¿Y qué es perfecto en este mundo? ¿Será posible el gobierno perfecto, el plan económico perfecto, el economista perfecto

[3](#) N.D. Esto fue escrito 12 años antes del Muro de Berlín y del éxodo cubano.